

Respuestas Divinas

¿Qué le preguntarías a Dios si tuvieras oportunidad?

"O Dios quiere abolir el mal y no puede, o bien, puede pero no quiere, o no puede y no quiere. Si quiere pero no puede, es impotente. Si puede pero no quiere, es malvado. Pero si Dios puede y quiere abolir el mal, entonces ¿por qué hay mal en el mundo?"

[Epicuro]

Edgar Miguel Molina.

Copyright © 2013 Edgar Miguel Molina
All rights reserved.
ISBN: 1494498995
ISBN-13: 978-1494498993

CONTENTS	
Tema	Página
Aclaraciones preliminares	1
¿Estamos solos en este mundo?	5
¿Existen los ángeles?	13
Si Dios es bueno, ¿Por qué la gente sufre?	17
¿Quién es responsable del sufrimiento?	21
• ¿Es Dios responsable de las enfermedades?	37
¿No podía Dios ser más justo en la repartición del dinero?	41
¿Cómo es que un Dios justo permite la injusticia?	47
• ¿Son los ricos culpables por el sufrimiento de los pobres?	57
¿Por qué la gente buena es la que más sufre?	65
• ¿Podría Dios contestar nuestras preguntas?	75
¿No podía un Dios Omnipotente crear un mundo perfecto sin enfermedad ni dolor?	83
• ¿Qué es la felicidad?	91
¡Entre la muerte y la agonía!	95
¿El dolor de perder a un ser querido?	101
¿Por qué permite Dios los desastres naturales?	107
¿Qué hay más allá de esta vida?	113
¿Acaso yo pedí nacer en este mundo, bajo estas condiciones?	119

Tema	Página
¿Fuimos predestinados, o escogimos la vida que viviríamos?	124
• ¿Por qué hay más pobres que ricos?	131
¿Debemos conformarnos con la situación bajo la cual nacimos?	137
• El arma de la mente	137
• El arma de la fe	143
• El arma de la retribución	153
• El arma de la acción y reacción	165
• El arma de las palabras	169
¿Por qué la humanidad tiene que cargar con el pecado de Adán y Eva?	177
• ¿Condenó Dios a la humanidad sólo para rescatarla después?	183
¿Debemos ganar nuestra salvación?	191
¿Qué es lo que Dios quiere de la humanidad?	201
• Posición en el pueblo de Dios	201
• Posición de siervo	204
• Posición de amigo	207
• Posición de hijo	209
Conclusión	231
Sobre el autor	241

Aclaraciones preliminares

Para mí, resultaba difícil creerle a Dios. Y con razón. Atravesaba por una situación muy delicada y no veía a mi "Ayudador" por ninguna parte. Durante años escuché predicar acerca de ese "*maravilloso Dios de amor*", pero ahora tenía serias razones para dudar, si no de su existencia, por lo menos sí de su amor y su soberanía.

Un alud de interrogantes amenazaba con sepultar mi fe.

Mis principales interrogantes se centraban, primero, en el hecho del sufrimiento y la maldad en el mundo y, segundo, en algunas dudas teológicas, fruto de mis estudios en diversos seminarios, combinados con mi paso por algunas religiones y doctrinas. Paradójicamente, entre más me esforzaba por aprender, más grandes se hacían mis incógnitas.

Como muchos otros, cansado de la religión y la religiosidad, yo también me preguntaba, ¿Dónde está Dios cuando se sufre? Si es tan bueno, ¿por qué permite el sufrimiento de la gente buena? Enfermedad, hambre, abandono, injusticia... ¿Cómo encajan en un Dios justo y

amoroso? ¿Somos sólo unas marionetas en Sus manos?
¿Tiene sentido la existencia en este mundo? Etc.

Como en ese momento me consideraba cristiano, lamentaba el hecho de que los cristianos estuviéramos tan divididos tratando de adorar al mismo Dios—basados en las mismas verdades, pero con procedimientos e interpretaciones diferentes—y reclamando cada grupo tener la única verdad, la razón bíblica, el mejor método de adoración, la unción, la revelación, la profecía, el conocimiento, el legado... en fin..., con todo esto, sumado a mi mala situación económica, mi vida estaba al borde de un colapso.

Hoy, después de tanto meditarlo, aún tengo dudas sobre si debo o no escribir mi testimonio. Primero, sé que algunos me tildarán de loco, otros quizá de hereje. Los más misericordiosos tal vez me tilden de soñador. No obstante, eso no es lo que más me preocupa, mi temor principal radica en lo delicado de algunos temas incluidos, de los cuales yo mismo me hubiera horrorizado hace algunos años.

Quiero hacer la salvedad que mi intención no es defender o sentar alguna posición teológica—ni mucho menos fundar alguna nueva doctrina—si algo le sobra al mundo son religiones y sectas que nacen cada día.

El objetivo de esta obra es relatar mi experiencia tal como ocurrió, sin comprometer ningún tipo de opiniones, ni profundizar en doctrinas cardinales, pese a que durante el relato se toquen dos o tres de ellas. Por lo cual,

RESPUESTAS DIVINAS

ruego perdón a mis lectores si en algún momento sienten que se está «chapoteando» dentro de la teología, sin defender ni profundizar sobre los temas teológicos tratados. Bastantes mamotretos de teología se han escrito ya.

¿Estamos solos en este mundo?

Las cosas no podían estar peor. Hacía sólo unos pocos meses había renunciado a lo que en ese entonces yo creía era un empleo bien remunerado, con el propósito de crear mi propia empresa. Pedí un préstamo a una entidad bancaria y compré los equipos necesarios para iniciar labores. Recuerdo que no me alcanzó para adquirir «tecnología de punta», pero, ¿qué más podía pedir? ¡Lo esencial era empezar!

Toda nueva empresa nace con millones de sueños cargados de ilusión, optimismo y esperanza. Pero para mí, la felicidad duró poco. A sólo unas cuantas semanas de haber iniciado mi propio negocio fui víctima de varios robos.

Primero me desocuparon la oficina con todo y sus enseres y, poco después, mi esposa, al abrir la puerta se encontró con una pistola que apuntaba justo sobre su cabeza: otros delincuentes asaltaron mi residencia llevándose los electrodomésticos y demás objetos de valor.

Desorientado, con crecientes obligaciones, sin capital...

decidí poner en venta el apartamento que en ese entonces tenía—fruto de años de esfuerzo y trabajo—with el propósito de comprar un vehículo de servicio público. ¡Ya se me había metido en la cabeza la idea de ser independiente!

Compré un taxi y tan pronto como pude empecé a recorrer la ciudad. ¡Trabajo estresante éste! Al principio no me iba muy bien. Lo único que hacía era “gastar gasolina y transportar borrachos que no me pagaban, o pícaros que me pagaban, pero con billetes falsos”. Pero, al pasar los días las cosas mejoraron (ahora los que no me pagaban iban sobrios, y los borrachos me recibían los billetes falsos!)

Salí optimista aquella mañana, del día en que todo empezó. El optimismo, la esperanza y la fe no son fáciles de robar y, además, no estaban ni en la oficina ni en el apartamento.

Manejaba despacio, con los ojos puestos en la gente que se apostaba a la orilla de la carretera y la esperanza puesta en la mano de algún transeúnte que hiciera la bendita señal de: “Pare, necesito un taxi”.

La luz del semáforo cambió primero a amarillo y segundos después todo era rojo. Sí, no sólo la luz del semáforo era roja, también lo eran las imágenes dentro de mi cabeza! ¡No sé de dónde salió ese autobús de servicio público, ni tampoco sé por qué venía en contravía! Lo único que sé es que, dentro de mí, todo se volvió rojo, como la sangre.

Salí del vehículo como pude y caí a dos pasos de éste. Traté de arrastrarme pero perdí las fuerzas. No sé si grité pidiendo ayuda o simplemente lo imaginé. De repente me vi rodeado de gente ¡Más gente de la que jamás había visto a mi alrededor! Al menos eso fue lo que yo creí, porque para sorpresa mía, después me contaron que sólo dos o tres personas fueron testigos del accidente. ¡Tal vez el golpe me produjo alucinaciones!

Desperté en el hospital. ¡Gracias a Dios no me había ocurrido nada grave! Mis huesos, mi cabeza... todo estaba en su lugar... me dolían, pero yo estaba feliz porque podía sentirlos.

Como un verdadero milagro fue catalogado mi "*incidente*", puesto que mi fructuoso taxi quedó reducido a chatarra. Para colmo, aún no había hecho los trámites para asegurarlo.

La aseguradora del autobús sólo reconocía un 70% de los daños ocasionados y el tipo de contrato que tenían partía sobre una base deducible que, a fin de cuentas, sólo me retribuiría un aproximado 60% del daño total. Aparte de todo, yo sabía que este tipo de gestiones era demorado y complicado. Así que no tendría el poco dinero que la aseguradora del bus me pagaría sino hasta dentro de algunos meses.

Pero aún faltaban más calamidades. Mi padre había muerto cuando yo era apenas un niño y, ahora mi madre, tal vez producto de la angustia al enterarse de mi accidente, había sufrido un derrame cerebral.

Los pronósticos médicos decían que sólo le quedaban unos pocos días de vida y que estos últimos días los pasaría inválida, en estado vegetal. Había perdido el habla, la memoria, la vista y la movilidad. No había camas disponibles en la sala de urgencias y, por esta razón, ella estaba tirada en el piso de un frío pasillo de aquél hospital, así era el sistema de salud en aquellos días, y creo que al día de hoy no ha cambiado mucho.

Al día siguiente, mi suegra sufrió una recaída de una enfermedad que hacía algún tiempo le aquejaba (Artritis reumatoidea acompañada de osteoporosis avanzada). Ahora estaban ambas en el mismo hospital. No muy lejos de allí, yo aún no estaba del todo recuperado y, por tanto, permanecía también hospitalizado.

Mi esposa, creo que estaba aún más angustiada que yo, y preciso para esas fechas esperábamos a nuestra primera hija. Fruto de todas estas calamidades, las preocupaciones y el estrés hallaron razones para afectar seriamente su salud, pues más tarde me informaron que ella tenía complicaciones con el líquido amniótico y también tuvo que ser hospitalizada a sólo unos pisos de la sala de urgencias en la que estaban mi suegra y mi madre.

Así las cosas, hablé con el médico de turno y le expliqué el porqué tenía que salir del hospital en el que yo estaba, para dirigirme al otro en donde se encontraban mi madre y mi esposa. Ah... y mi suegra.

No sabía a quién debía visitar primero. Casi como un

sonámbulo me dirigí al hospital, aún aturdido por el impacto de las noticias y de los golpes recibidos. Caminé algunas cuadras y empecé a sentirme mareado, aturdido... quizás debido al fuerte golpe que recibí en la cabeza y del cual todavía no estaba bien recuperado (algunos piensan que hasta el día de hoy, aún no me he recuperado!).

Me agaché un poco y le pedí ayuda a un hombre de extraño aspecto que estaba parado observándome. El tipo me miró sorprendido. ¡Parecía ignorarme! Ante mi insistencia volteó para mirar si había alguien atrás de él y luego miró a diestra y siniestra como buscando a otra persona.

—¡Por favor! —reiteré mi súplica de ayuda.

—¿Me hablas a mí? —preguntó él, con tono indeciso.

—¡No veo a nadie más!

—Entonces puedes verme? —preguntó otra vez, pero ahora con mayor extrañeza.

—¡Por supuesto que te estoy viendo, de lo contrario no te pediría ayuda! ¡Estoy enfermo, no loco!

—Eee... Eees que..., —el extraño hombre titubeó, mostrándose muy perturbado.

—Es que... ¿Qué? ... ¡Parece que estuvieras viendo a un espíritu! —le dije indignado. Aunque por escasos

segundos llegué a albergar el loco pensamiento de que tal vez yo estuviera muerto y por eso este fulano se mostraba tan asustado.

—Es quee..., —volvió a titubear. Hizo un largo silencio, desesperante, para luego indicarme sin salir de su asombro—. ¡Eres tú quien está viendo a un espíritu!

Si el muerto no era yo, entonces pensé que el tipo este «me estaba tomando del pelo» y me disgusté muchísimo. Mi situación era en verdad delicada y no estaba para bromas.

Me senté un momento en el andén y me incliné metiendo mi cabeza en medio de mis rodillas. Había escuchado que esto ayudaba a irrigar sangre al cerebro, y que ésta era la mejor maniobra cuando uno se sentía mareado. De algo me sirvió. Me incorporé muy despacio y le di la espalda al fulano.

—Por eso es que estamos como estamos — murmuré—. Uno necesita ayuda y en lugar de eso lo toman del pelo.

Alcancé a caminar unos pasos cuando oí que el extraño me llamaba por mi nombre.

—Edgar Miguel Molina, Espera.

Volteé sorprendido. Estaba seguro que jamás en mi vida había visto a este hombre y —Razoné sinceramente—, soy tan popular que, aparte de mi familia, los únicos que me

RESPUESTAS DIVINAS

conocen son unos cuantos compañeros de estudio, el cura y el pastor—que ya me dieron por caso perdido— y unos muy pocos amigos de mi barrio. Además, la combinación de mi nombre completo no es tan común, como para que lo haya dicho por casualidad.

¿Existen los ángeles?

—¿Te conozco? —le pregunté medio asustado.

—No. Pero en cambio, yo a ti sí te conozco. ¡Y muy bien!

Un escalofrío recorrió mi cuerpo entero. ¿Acaso sería posible que en verdad estuviese hablando con un muerto? Haciendo un gran esfuerzo por sobreponerme le inquirí con voz entrecortada:

—¿Por qué dijiste hace un rato, cuando te pregunté si estabas viendo un espíritu, que «Era yo quien en efecto estaba viendo a uno»? ¿Acaso eres un espíritu de difunto?

—No exactamente, —respondió ahora con firmeza—. ¡Soy un ángel!

A pesar del fuerte dolor de cabeza y el mareo que tenía en ese momento, no puede contener la risa.

—¡Ah! ¡Me lo hubieras dicho antes! Claro, ique tonto soy! Con esa cara tan linda y esas alotas no podías ser otra cosa que un ángel —reproché con ironía. El tipo tenía una cara más fea que la mía y tenía más plumas un delfín rosado.

—¡Es verdad! —afirmó con pasmosa seriedad.

—Ah, sí. Por supuesto. Yo soy Michael Jordan un poquito desteñido y encogido —respondí con desaire.

—¡No es ninguna broma! —insistió—. Puedo decirte aún los secretos más guardados de tu vida. Por ejemplo, puedo decirte que el día del accidente cantaste, por cierto, muy desentonado "Groovy Kind of Love," de Phil Collins, mientras te enjabonabas muy entretenidamente en el baño.

Sentí que la sangre se me congeló desde los pies hasta mi cabeza. La piel se me erizó y, a la vez, creo que me sonrojé. En verdad este tipo era un ángel, un demonio, o un gran psíquico que quería jugarme una broma.

No obstante, mi marcado escepticismo hacía que siguiera cuestionándome ¿dónde están sus alas? Y, además, mi abuela tiene más cara de ángel que él. Pensé. Pero, no todos los días se encuentra uno con alguien así. Por eso, decidí averiguar quién era en realidad.

—¿Cómo es Dios? O, si prefieres, ¿quién es Dios para ti? —pregunté con doble intención, o mejor dicho, con triple intención: Si me decía que Dios es una fuerza, o una energía, o que todos somos dioses o tenemos un dios interior, sabría que estaba hablando con un psíquico, nueva-erista, o cualquier otro sectario influenciado por doctrinas metafísicas u orientalistas.

Si de pronto se refería a Dios en un tono despectivo, ambiguo, con temor o rencor, o evadía la pregunta, sin duda se trataría de un demonio. Pero si hablaba con agrado, o «como si le hubiesen dado cuerda», sin duda se trataría de un ángel, eso por el concepto que yo tenía de Dios y de las religiones en ese entonces.

Porque según mis creencias, deduje, «si los ángeles en verdad existen, tiene que existir un Dios que les haya creado». No me cabía en la cabeza que también ellos hubieran evolucionado. Tal vez en el infierno podría haber un gran charco caliente, o caldo de cultivo del que hablan los científicos evolucionistas, pero, ¿también en el cielo?

—Sé lo que estás pensando —me dijo sonriendo—. ¡Eres muy inteligente! —Me sentí muy halagado. No todo el mundo es elogiado por un ángel—. Dios es hermosura, —respondió—. Dios es amor, bondad y sabiduría en esencia.

—Estar ante Él no se puede comparar con el mayor de los deleites terrestres. Dios es el creador de todo lo que existe y todo existe porque Él existe. Su misericordia es más grande que el insondable universo.

Si Dios es bueno, ¿Por qué la gente sufre?

—Y, si es tan bueno como dices —aproveché para preguntarle, pues tal vez no tendría ésta oportunidad por segunda vez en la vida—, ¿por qué hay tanto sufrimiento en el mundo? ¿Por qué la enfermedad, la injusticia y tanta maldad?

»O como cuestionó Robert G. Ingersoll en 1884:
“¿Por qué la providencia permite todos los crímenes? ¿Por qué son protegidos los golpeadores de mujeres, y por qué las esposas y niños quedan indefensos, si la mano de Dios está sobre todos nosotros? ¿Quién protege a los locos? ¿Por qué la providencia permite la locura?”

»O como ya han preguntado muchos, entre ellos José Ramón Ayllón en una entrevista: “Si Dios es tan bueno, ¿por qué deja que haya sufrimientos, y miseria? ¿Por qué la chica linda y por qué aquella otra es nada agraciada y tonta? ¿Por qué ese bebé tiene el síndrome de Down, y aquel anciano es sordomudo desde su nacimiento? ¿Por qué murió aquella joven, en la plenitud

de su belleza y simpatía?"

»Y creo que no es necesario añadir que quienes más sufren con los casos anteriores son las personas más inocentes: padre, madre, hermanos, hijos... etc—.

Esto en verdad hacía mucho tiempo me estaba perturbando. No importa cuán cristiana sea una persona, ésta puede llegar a tener sus momentos de dudas. Y es que, ¿quién no ha soñado alguna vez con un mundo libre de balas perdidas, defectos de nacimiento, carros-bomba, desastres naturales, terrorismo, plagas, injusticia, guerras, robos, hambre, racismo, corrupción, contaminación ambiental, suegras y cosas parecidas?

—¿Estás tratando de culpar a Dios por el sufrimiento humano? —Me respondió enojado. O mejor dicho, me gritó enojado.

—Bbb... bueno... —Ahora el que titubeaba era yo— . Es que... he oído que Él es *Omnipotente*, por tanto, «*todo lo puede*» y, sin embargo, no hace nada por evitar que la gente siga sufriendo —dije con voz temblorosa y muy asustado. Pensaba que en cualquier momento podría caer un rayo del cielo y acabar conmigo por ofenderle!

—No pienses así de nuestro Dios —Me reprendió enojado. Se me había olvidado que podía saber todo lo que yo sentía o pensaba—. Dios es un Dios justo —continuó— . Él conoce cuánto sufre la humanidad y quiere a toda

costa acabar con el sufrimiento. Por eso prometió en el Apocalipsis 21:4 "Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos. Y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor".

—Está bien. Tal vez debo formular mejor mis preguntas. ¿Por qué, si es verdad que Dios es Amor, permite que nos sucedan cosas malas?

—Es verdad que Dios es amor y nos ama. Tanto a ángeles como a humanos. Dios nos ama mucho más de lo que podamos figurarnos. Pero ustedes, los humanos, creen que Dios no los ama porque no les manifiesta su amor como ustedes quieren y creen que Él debe hacerlo —respondió el ángel con una voz cargada de pleno convencimiento.

—Explícate —exigí.

—Ustedes los humanos crecen en cuerpo, pero no en espíritu —inrepó—. Cuando ustedes son niños y sus padres terrenales no les conceden todo lo que ustedes les piden, creen que en verdad ellos no son tan buenos. Cuando sus padres les llevan al médico para curar una enfermedad y el doctor les produce un dolor necesario: una inyección, una medicina desagradable, un tratamiento doloroso, etc., ustedes no comprenden por qué sus padres, si son tan buenos, permiten estas cosas.

—¿Estás intentando decir que Dios permite que

nos sucedan cosas—que para nosotros son malas—sólo para ocasionarnos un bien mayor?

—¿Qué tan sabios crees que son tus padres terrenales?— respondió con otra pregunta.

—¡Más o menos!— dije, haciendo una señal con la mano. Los hijos siempre nos creemos más sabios que nuestros padres.

—Si los padres humanos saben lo que les conviene a sus hijos, ¿cuánto más sabrá Dios, el autor y fuente de toda sabiduría, lo que le conviene a su creación?—dijo con la pasmosa seguridad de siempre.

—Lo que ustedes ignoran u olvidan, es que Dios está por encima del tiempo. *Para Dios no existe el tiempo*, — recalcó—. Los planes de Dios con la humanidad van mucho más allá de la corta vida que ustedes vivirán en éste planeta. *¡Sus infortunios y lamentos serán nada en comparación con el deleite venidero!*

—Ah... sí, la misma carreta de los predicadores evangélicos! —dije con sarcasmo—. Pero, ¿entonces a qué se debe que exista tanto sufrimiento? —insistí, porque su respuesta no me había dejado satisfecho.

¿Quién es responsable del sufrimiento?

—El sufrimiento se debe a varias causas. Pero la principal, la mayor de ellas, es el mismo hombre. Como bien escribió Lenny Bruce, —dijo el ángel con un poco de ironía, pues yo había citado antes a unos autores—. “*Cualquier persona que tenga dos camisas cuando alguien no tiene ninguna, no es cristiana*”. O como dijo George Bernard Shaw: “*El cristianismo podría ser bueno, si alguien intentara practicarlo*”.

Sentí que me estaba hablando directamente a mí. Durante mucho tiempo proclamé ser cristiano, pero, en mi guardarropa con toda seguridad tenía muchas camisas, chaquetas y pantalones que no estaba dispuesto a regalar. Excepto... tal vez, mis calcetines viejos con sendos rotos en los dedos. Siempre tuve la disculpa de no ser millonario para poder regalar algo. Cuando algún pordiosero me preguntaba si tenía algo de ropa vieja, yo le respondía que sí, ¡la que llevaba puesta!

Por otra parte, recordé que fue a un cristiano a quien le compré mi primer motocicleta. Lo recuerdo muy bien porque me encariñé mucho con ella. Ella me cargaba una cuadra y yo la tenía que cargar dos. Fue también a otro cristiano a quien compré mi primer carro. Gracias a él tuve que aprender mecánica, pues ya en ningún taller me lo querían arreglar. Y era también un pastor cristiano quien hacía trabajar a mi esposa más de 12 horas diarias de lunes a sábado por un simple salario mínimo (menos de 5 dólares diarios en esa época).

En efecto, no hay mucha diferencia entre un cristiano y un no-cristiano—reflexioné. En especial si examino mi propia vida, iporque yo terminé por venderle también mi moto y mi carro (tan averiados como estaban) a otro cristiano!

—El sufrimiento, la mayoría de las veces es producto del mismo hombre. Y cuando digo hombre incluyo también a la mujer. Los ángeles no somos machistas,—aclaró el ángel con sutil ironía—. Dios le dio al hombre libre albedrío. Dios quiere adoradores en espíritu y verdad, no autómatas, ni robots. Dios no quiere entes sin raciocinio, obligados a adorarle sin querer hacerlo.

»Dios le dio a la humanidad la facultad de obedecerle y acercarse voluntariamente a Él por la fe, o rechazarle y rebelarse contra Él. Pero, gracias a este libre albedrío, el hombre se ha vuelto ambicioso al extremo, —continuó con tal convicción que sentí como si las palabras me golpearan, haciendo que mis ojos se humedecieran.

»Su ambición se ha tornado en un marcado egoísmo que le impide pensar en los intereses del prójimo más que en los suyos propios. Por esto se ha vuelto corrupto, amador de deleites egoístas, buscador de placeres... generando nuevos y mayores males. La corrupción, por ejemplo, nace del egoísmo más vil —dijo ahora haciendo pucheros y moviendo su cabeza negativamente—, y es en gran parte la responsable de que la gente pobre sea cada vez más pobre y los ricos cada vez más ricos.

»Se sufre, porque los hombres a quienes Dios les da la oportunidad de ocupar cargos privilegiados en los gobiernos y tener riquezas, se llenan de avaricia y cada vez quieren amontonar más y más dinero. Dinero que ya no saben en qué gastar, mientras familias enteras mueren de hambre, o yacen enfermos debido a que su mala alimentación afecta las defensas de sus organismos. Mientras miles de familias enteras no tienen un techo donde dormir, los gobernantes del mundo entero fabrican corruptos castillos sobre los intereses del pueblo.

—En eso tienes razón —interrumpí. Era obvio todo lo que el ángel decía. De hecho, todos alguna vez hemos reflexionado al respecto, pensé. Además, creo que casi todos tenemos algún político amigo o conocido a quien envidiamos su carro, su casa o su salario. Seguí atento escuchando cuando oí que él continuó diciendo:

—Ni hablar de las guerras. No es Dios quien le declara la guerra a las naciones. Aunque algunas naciones argumenten que pelean *en el nombre de Dios*.

De inmediato pensé en Israel, Irán e Irak. En las famosas «guerras santas» y en los que se inmolan por causa de la religión, pensando que le hacen un favor a Dios.

»Con la mitad del dinero que la humanidad ha gastado en armamento, entrenamiento y sostenimiento de militares, investigación y desarrollo de nuevas y cada vez más destructivas armas, con la mitad de este dinero, —reiteró abriendo sus ojos expresivamente—, se construirían casas para todos los pobres del mundo. Se crearía un hospital gratuito por cada pueblo y cada barrio de las grandes ciudades. Se capitalizaría a familias enteras para incrementar la ganadería y la producción agrícola... en fin, el mundo retornaría a las épocas del paraíso.

—Por otra parte —dijo, señalándome a una pareja

de hombres que discutían acaloradamente acerca de cuál equipo de fútbol era el mejor—, se sufre también porque el hombre ha perdido su identidad y se refugia detrás de subterfugios banales como equipos de fútbol, grupos musicales, o grupos religiosos.

—Primero que todo —le dije con curiosidad, pues mi léxico en ese entonces era más pobre que mi cuenta bancaria—, ¿qué significa subterfugio?

El ángel sacudió su cabeza e hizo un gesto negativo, como pidiendo paciencia al creador.

—Subterfugio —me dijo—, significa una falsa salida, una evasiva, una excusa o pretexto que se usa para evadir un compromiso, un falso y fútil escape. Eso es justo lo que son tus problemas: ¡un subterfugio insignificante!

Tuve ganas de decirle cuál era el significado de insignificante para mí en ese momento, pero logré controlarme.

—Pero, es que, el ser hincha de un equipo de fútbol no me parece un subterfugio banal —repliqué. Yo era hincha del América de Cali para ese entonces y no le veía nada de malo a eso, excepto por el escudo de diablo y tridente, del equipo.

En ese momento, los dos hombres que discutían empezaron a pelearse. Pronto se unieron otros hinchas a favor del que vestía la camiseta de su equipo favorito, y en menos de un minuto, todo era una gran batalla campal. Botellas de licor volaban por todas partes. Hinchas apuñaleados se arrastraban por el piso, unos corrían detrás de otros con puñales y palos... en fin..., me avergoncé delante del ángel.

—¿Quiénes conforman a un equipo de fútbol? — Me preguntó.

—Los jugadores —le respondí sin dudar.

—¿Y tú eres hincha de los jugadores de tu equipo? —Continuó el ángel.

—Bbb... bueno sí —le dije, esta vez no muy seguro.

—Entonces hace un año eras hincha del Nacional y del Santa Fe —Me dijo con tono irónico—, porque el 70% de los futbolistas que hoy conforman al América vienen de esos dos equipos —concluyó, demostrando que también sabía de fútbol. —¿Te das cuenta que ni los mismos jugadores aman a su equipo, pues, por dinero, rotan por todos los demás equipos? Incluso los técnicos y directivos, permanecen en el equipo sólo por el salario que se ganan. Aún los propios dueños de los equipos están dispuestos a vender sus acciones al mejor postor...

No había pensado en eso. El único que permanece fiel a

su equipo durante muchos años es el hincha, iel que no gana ni un centavo con las victorias de su equipo! Pero, ¿permanece fiel a qué? Si el ángel tenía razón, el equipo está formado por jugadores y cuerpo técnico y casi cada año estos cambian de equipo, ide tal manera que el equipo por el cual ahora esos enfurecidos hinchas estaban dispuestos a morir era quizá el mismo del que renegaban y se burlaban el año pasado!

—Bueno, pero es que un equipo no es sólo jugadores y cuerpo técnico —le dije—, un equipo es amor por la camiseta...

—¿Cuál camiseta? —cuestionó—, éla primera que tuvo el equipo cuando fue fundado? O étal vez la del año pasado? Recuerda que esta camiseta cambia en diseño casi cada año, de manga corta a manga tres cuartos, de cuello en V, a cuello redondo, de leyenda según el patrocinador actual...

De repente razoné en una de las más grandes ironías de la humanidad: Un hombre puede cambiar de novia, de gustos musicales, de religión, de amigos, de profesión. Puede abandonar a su familia, dejar de visitar a sus padres, no pasarle la cuota alimentaría a sus hijos, o directamente no reconocerlos. Pero lo que nunca haría ni el más vil de los hombres, es traicionar a los colores que corren por sus venas, a los del club de fútbol de su corazón. Por eso le dije sin temor a equivocarme:

—Es el color de la camiseta lo que importa.

—¿Y dices que eres hincha del América de Cali? — Me dijo, demostrando una vez más que en verdad me conocía muy bien, pues nunca le dije de qué equipo era hincha—. Entonces eres hincha del color rojo, como por ejemplo del rojo del Santa fé, o del rojo del Medellín, o del rojo de Independiente de Avellaneda, o del rojo del Manchester United, o del rojo del Arsenal, o del rojo del Bayern Munich, o del rojo de la selección de China, o de...

—Ya entendí —Le dije disgustado, mientras pensaba en algo más fuerte que me diera una buena razón para pertenecer a un equipo de fútbol y defenderlo hasta la muerte, o por lo menos sufrir con sus derrotas y gozar con sus victorias...

"¡Es la ciudad!" Pensé, sin decirle nada al ángel. Pero inmediatamente el ángel me contestó como si yo se lo hubiera dicho. Ya me había olvidado que él podía leer mi pensamiento.

—Tú, siendo boyacense deberías ser hincha del Chicó y de Patriotas de Boyacá. O viviendo en Bogotá, deberías ser hincha de sus tres equipos: Santa fé, Millonarios y Equidad. Pero, ¿te das cuenta que como tú, muchas personas son hinchas de equipos que ni siquiera son de su ciudad? ¿No te das cuenta que estos hinchas que hoy se hieren a muerte pertenecen a dos equipos de la misma ciudad? Tú adoras algo que no existe realmente,

y no hay razón suficiente para que sufras o goces con algo tan intangible como un equipo de fútbol.

—Pero, ¿entonces por qué es tan fuerte el sentimiento de la hinchada de un equipo de fútbol?— pregunté confundido.

—Los humanos fueron creados para pertenecer a la familia de Dios, y por tanto, como hijos del mismo Padre identificarse unos a otros como hermanos. Pero, al ignorar su origen divino y por tanto su pertenencia a la familia de Dios Padre, sufren una pérdida de identidad que les hace buscar pertenecer a algo o alguien, a un colectivo social, a una familia, a una patria, a una cultura o subcultura, a una religión, a un partido político, o a un equipo deportivo, como por ejemplo un equipo de fútbol.

—¿Quieres decir que ser hincha de un equipo de fútbol revela una pérdida de identidad familiar?

—Y no solo la pérdida de identidad con su familia terrenal —dijo el ángel—, sino también con la familia espiritual de Dios Padre. Por ejemplo, hablando de la familia terrenal, cuando no hay una relación familiar sólida que supla las carencias afectivas, de aceptación, solidaridad, y de seguridad, inconscientemente se busca un complemento en otros grupos que suplen lo que no se encuentra en la familia. Estos grupos se convierten en nueva familia, pero muy disfuncional, sin que el individuo sea plenamente consciente de ello.

—No entiendo bien la relación —dije inconforme.

—La identidad con esta familia disfuncional, como el caso del grupo de hinchas de un equipo de fútbol, conlleva una manera de vivir el deporte delineando una identidad común que les hace disfrutar los triunfos o sufrir las derrotas del equipo que los representa. Si Marx consideró a la religión como el opio del pueblo, debería ver el fenómeno del fútbol, que sin lugar a dudas, más que una religión es un fanatismo que llena un vacío de éxito y de protagonismo en la vida de la gente común.

—¿A qué te refieres con eso de «vacío de éxito y protagonismo»? —pregunté.

—Cuando el ser humano siente que nunca le ha ganado a nadie, o que no es protagonista de nada, entonces busca identificarse con una figura destacada, como el caso de un goleador, o un muy buen jugador. Esta identidad común es muy fácil de adoptar, ya que en la mayoría de los casos, estos ídolos ganan millones de dólares, sin tener que haber estudiado, ni ser profesionales universitarios. Muchos de ellos provienen de estratos bajos, de poblaciones marginales y serían unos completos —don nadie— si no fuera porque juegan, por ejemplo, bien al fútbol.

»Entonces, como los jugadores tienen mucho en común con la mayoría de hinchas, la identidad que el fanático alcanza con ellos le proporciona un fuerte

sentido de pertenencia, hasta el punto de llegar a sentir que él mismo es parte de ese equipo. Por eso, cuando su equipo gana, siente que es él mismo quien está ganando, llega incluso a sentir inconscientemente que es por él mismo que la gente salta y grita.

—Es verdad —Admití—. Yo mismo, cuando mi equipo gana le digo a todos: “¡Ganamos!” o utilizo expresiones como: “Tenemos que ganar”. “No podemos perder ese partido”, etc., como si yo fuera parte del equipo y jugara con ellos, y... cuando el equipo gana... me pongo tan feliz como si en verdad yo hubiera ganado algo.

—El hincha fanático se identifica incluso con personas que si no fueran hinchas de su mismo equipo, jamás pensaría siquiera en tolerarlas —dijo el ángel.

Lo que el ángel decía era verdad. Por primera vez recapacité al respecto y vi cuánta razón tenía él, y cuán fuerte puede ser esta identidad. Cuando hay una pertenencia fuerte a un grupo, en este caso un equipo de fútbol, el sentimiento de identidad con el mismo borra el sentimiento racista, tolera la diferencia cultural, minimiza las diferencias de estrato social, ignora la creencia religiosa del uno y del otro, ignora el partido político, desdeña al machismo y al feminismo, y hasta llegan a sentirse parte de la misma familia.

—Tienes razón en lo que estás pensando —dijo el ángel—. No hay identidad más fuerte que ésta del hincha,

pues vence incluso a las inclinaciones religiosas y políticas.

—¿Pero, cómo es que llegan a pelearse contra otros hinchas, incluso hasta la muerte, solo porque siguen a un equipo diferente? —Pregunté al mirar nuevamente el panorama de hinchas que sangraban, algunos con heridas de gravedad.

—El acto de delimitar la identidad grupal o familiar es ancestral. Consiste en el establecimiento de un círculo claramente delimitado, que asocia a los que están dentro y separa a los que quedan fuera de éste, creando entonces, dos identidades, la propia y la ajena. El que queda fuera es extraño, peligroso, desagradable, genera repudio y temor.

»La hinchada que acepta la comunión con un equipo, asume la condición de «tribu», con una profunda responsabilidad de asociarse en contra de las «otras tribus». Cada encuentro de su equipo es como una pequeña batalla suya en contra de los de la tribu enemiga. Por eso, por tratarse de una identidad compartida imaginaria, necesitan identificarse para instaurar su carácter colectivo, y lo hacen a través de símbolos, banderas, camisetas o insignias que les otorgue características de distinción. Es como si se tratara de un ejército uniformado, con su estandarte y demás elementos patrios, listo para la guerra.

—¿Los cantos al equipo también pueden considerarse como parte de la identificación colectiva? —pregunté.

—Mucho más que eso —dijo el ángel—, los cantos son un claro gesto de adoración religiosa que busca motivar a sus propios ídolos e intimidar a sus rivales. El pertenecer a una barra o hinchada se puede comparar con pertenecer a una secta religiosa. Cada barra o hinchada posee su propio lenguaje, ritos, ceremonias de celebración, y actitudes colectivas identificables. Existen niveles de pertenencia, como en el caso de las sectas, y hay ciertos niveles en donde debes entregarte totalmente, tatuarte, estar dispuesto a abandonar familia y trabajo si la secta lo exigiere.

Recordé que un amigo mío me habló de una secta satánica a la que perteneció. Allí le hicieron jurar repudio hacia Dios y las cosas sagradas, e hice la comparación con un amigo que perteneció a las barras bravas de uno de los equipos capitalinos. Allí también le hicieron jurar lealtad a su equipo y repudio a los demás equipos. Al amigo de la secta satánica le hicieron tatuarse unos símbolos distintivos, lo mismo que al barrista le hicieron tatuarse el escudo de su equipo y otros símbolos. El uno tuvo que aprenderse los cantos de adoración a Satanás, el otro tuvo que aprenderse los himnos y cánticos de su equipo y su barra. Cuando mi amigo el satanista intentó abandonar la secta, lo buscaron para matarlo y tuvo que esconderse

por muchos años. Cuando mi amigo el barrista quiso dejar de pertenecer a la barra brava y ser solo un hincha normal, también lo buscaron para matarlo, siendo apuñaleado y dejado por muerto, por los hinchas de su mismo equipo.

Al hacer esta similitud mental, reflexioné acerca de lo que la religión consideraba como idolatría. Cuando estudiaba teología, mis consagrados profesores me enseñaron acerca de la adoración a imágenes, afiches, esculturas, o incluso entes inexistentes, a los cuales el hombre, consciente o inconscientemente adoraba y cómo la práctica de semejante abominación ante Dios, era castigada con el «*infierno de fuego*».

Entonces recapacité. Si alguien habla en contra de una imagen de la virgen María o una estampita del Divino Niño, (imágenes consideradas por los grupos evangélicos como parte de la idolatría) puede que sus seguidores se enojen, pero no serían capaces de matar o morir por esta causa. Pero, si alguien habla mal del equipo de fútbol en presencia de un barrista, la cosa es diferente.

Entonces deduje que la adoración a un equipo de fútbol es más fuerte que la adoración a una estampita o imagen de algún santo, dios, o entidad espiritual.

Es apenas normal que en las paredes de las habitaciones, en los vidrios del carro, en las camisetas, en las manillas, en la ropa interior, en los dijes de las cadenas que llevan

al cuello, en los colores que escogen como preferidos, etc., los hinchas exhiban su idolatría con orgullo, y si alguien osa hablar mal de su equipo, estos hinchas están dispuestos a matar o morir por esta causa invisible (incluyendo a mis profesores de teología que también son hinchas de diferentes equipos de fútbol y gozan y sufren con sus triunfos y derrotas). No hay mayor idolatría que la que se tiene por un equipo de fútbol, pensé. La pasión por el equipo vence a la religión, supera a la política, vence a su propia cultura.

En una ciudad como Bogotá, todos sabían que los hinchas (o barras) del Santa fe no podían pasar por ciertos lugares de la ciudad, conocidos como territorio del equipo de Los Millonarios y viceversa. Lo mismo pasaba en otras ciudades con los hinchas de otros equipos, si algún desprevenido hincha se metía en territorio de otro equipo, salía apuñaleado, golpeado, o en el peor de los casos, salía en un ataúd.

—¿Tú crees que Dios tiene la culpa del sufrimiento de esas madres, esposas e hijas que mañana llorarán la pérdida de sus seres queridos por causa de esta tonta pelea? —Me cuestionó el ángel, ahora muy molesto—. ¿Es Dios culpable de que algunos de estos hinchas del viento queden con severas afecciones de salud?

¿Es Dios responsable de las enfermedades?

Ahora ya me estaba convenciendo de que éste en realidad era un ángel, porque nunca oí a nadie defender a Dios con tanto ahínco. Por eso le pregunté:

—Y, a propósito de afecciones de salud, ¿qué hay de las enfermedades?

—El mismo hombre es responsable de más del 95% de las enfermedades que azotan a la humanidad. Es el hombre quien ha creado los ambientes propicios para que las enfermedades surjan y se reproduzcan.

—No entiendo cómo —le pregunté ahora con humildad.

—El avance tecnológico —respondió un poco más calmado—, es una de las causas más frecuentes. Por ejemplo, buscando mayor comodidad, el hombre inventó el automóvil. Hoy por hoy, los ángeles vemos cómo el hombre es en verdad hecho a imagen y semejanza de

nuestro Dios, pues la capacidad de crear cosas es asombrosa.

»Pero, aunque ahora sus viajes son más cómodos, los niveles de contaminación ambiental, auditiva y visual, sumados al estrés que se produce al conducir en las grandes ciudades, son responsables de que millones de personas estén enfermas. Sin contar los millares que han muerto por causa de los numerosos accidentes de tránsito y los millones de discapacitados.

»Las grandes fábricas de productos tecnológicos, además de contaminar el ambiente, consumen sin piedad tanto a sus empleados operarios como a sus directivos, hasta el punto en que el estrés se ha convertido en una grave enfermedad que da origen a otras muchas.

»Más del 75% de las enfermedades que el hombre padece son de origen psicosomático. Debido a la falta de perdón, a la amargura cultivada en sus corazones contra seres antes amados, o contra otros vecinos o amigos, es como un ácido que corroe y destruye al recipiente que le contiene. La depravación sexual es responsable de otro gran número de letales enfermedades. Los malos hábitos alimenticios, los vicios, la falta de ejercicio, el no confiar en Dios y angustiarse por problemas que Él ya solucionó de antemano, son causas latentes de otras muchas enfermedades.

Reflexioné y comprobé cuánta veracidad había en las palabras del ángel. No tuve que ir muy lejos para buscar un ejemplo. Yo mismo, en mi afán de hacer dinero, buscando el bienestar y la tranquilidad que brinda la estabilidad económica, trabajaba más de diez horas diarias y luego regresaba muy cansado a casa.

La televisión y el cansancio se encargaban de robarme la oportunidad de compartir tiempo de calidad con mi familia. Después de cenar me acostaba a dormir, sin reparar que no tenía mucho tiempo para la digestión. Ahora sé del gran número de enfermedades que se originan por causas como éstas.

Las obligaciones económicas y mis múltiples responsabilidades, sumado a las decepciones y las angustias por no alcanzar mis metas o ver alejarse mis ideales, poco a poco estaban menoscabando mi vida entera. Mi temperamento había empezado a cambiar, al igual que mi salud, que silenciosa y sutilmente empezaba a deteriorarse.

La felicidad que me esforzaba buscando cada día, no era más que una vaga ilusión. Mi familia se había convertido en nada más que una figura, una sombra, una compañía casi virtual, que siempre estaba allí para mí, pero para la cual yo nunca tenía tiempo, por estar trabajando incesante para ellos ¡Qué ironía!

Reflexioné acerca del fatídico accidente en donde una trituradora de cemento cayó sobre un bus escolar causando la muerte a 22 chiquillos inocentes. Casi pude sentir el dolor de esas desesperadas madres. Recordé que una de ellas se lamentó porque siempre fue muy exigente con sus dos niños que murieron.

"Siempre les exigí ser los mejores en el estudio, porque quería lo mejor para ellos —dijo con su voz ahogada por el llanto—. Por tanto, siempre los obligué a hacer sus tareas, les privé de muchos juegos, les exigí ser extremadamente ordenados. Su padre y yo trabajábamos casi todo el día, buscando brindarles lo mejor, por eso casi no compartimos mucho tiempo con ellos.

Ahora que ya no están más con nosotros, renunciaríamos a nuestros empleos y comodidades sólo por pasar un día más junto a ellos, sin regañarlos, sin exigirles, sólo brindándoles nuestro amor desinteresado, jugando con ellos, olvidándonos de todo lo demás".

¿No podía Dios ser más justo en la repartición del dinero?

—Pero, ¿por qué Dios no repartió el dinero de una manera más equitativa?— pregunté, olvidando que tenía afán por visitar a mi esposa y madre enfermas. Bueno, ¡También a mi suegra! (No sea que mi esposa lea alguna vez este libro).

—Con toda seguridad —respondió el ángel—, aún si hoy Dios volviera a repartir las riquezas del mundo y diera a cada uno la misma cantidad, a la vuelta de un par de años habría unos pocos ricos y la misma gran cantidad de pobres de siempre. Hay hombres íntegros así como los hay truhanes. Buenos administradores, malos administradores, tontos y derrochadores.

»Pero, para responder a tu pregunta, es necesario primero entender algo —el ángel hizo una breve pausa, como de presentador de reality, y luego continuó—, como dije antes, Dios creó al hombre con un propósito

principal: *Que libre y voluntariamente le adorara.*

—Pero la adoración va mucho más allá de abrazar una religión, pasar horas leyendo la Biblia o cargarla a todo lugar debajo del brazo. Adorar es mucho más que levantar las manos y gritar, hasta quedar afónico: «Te adoro. Te amo, eres todo para mí». El verdadero adorador, lejos de ser el religioso que pasa días en ayuno y muchas horas de rodillas ante un altar, es aquel hombre o mujer que posee un corazón semejante al corazón de Dios.

—Y, ¿cómo es el corazón de Dios? —Interrumpí.

—Es un corazón tan lleno de amor, que no tiene espacio para el egoísmo. Es un corazón capaz de perdonar sin guardar rencor. Es un corazón que siente la necesidad ajena como suya propia. Por eso, ser un verdadero adorador —dijo subiendo el tono de la voz—, es desechar que tu prójimo sea feliz, aún a causa de tu infelicidad.

» ¡Es ver al hombre como Dios lo ve! Dios no se deja impresionar por hermosos rostros, lujosas joyas, poder político o religioso, autos último modelo, capacidad intelectual o posición social... Dios no mira al andrajoso por debajo del hombro, sino que le escucha con la misma, o mayor atención, con la que escucha a los Reyes.

—Pero volviendo a mi pregunta...

—No fui yo quien se apartó del tema —dijo

sonriendo, pues yo había pensado que él quería evadir mi pregunta respecto a la repartición del dinero—. Eres tú quien me hace apartar con tantas preguntas. Imagínate una gran mesa —me sugirió—, con un mantel muy blanco, impecable, preparada para una gran cena que Dios quiere ofrecer a un pequeño grupo de privilegiados hombres.

»Docenas de individuos sentados sobre el mismo número de sillas y docenas de grandes bandejas servidas frente a cada uno de ellos.

»Estos hombres no son hombres comunes y corrientes. ¡Han sido seleccionados de entre una gran multitud que deseaba agradar a Dios! Podríamos decir que son hombres muy religiosos que dicen amar a Dios y sus mandatos, más que a nada en el mundo.

—¿Puedo saber si pertenecen a alguna religión? —Inquirí.

—Es sólo una parábola —reprochó muy contrariado y continuó—. Sólo unas pocas bandejas están llenas a rebosar. Pavos, frutas, verduras, variadas carnes y muchas delicias se pueden apreciar en estas afortunadas escudillas —No pude evitar que la boca se me hiciera agua. Mi estómago gruñó con gran estruendo. La comida en el hospital no era nada semejante a lo que el ángel acababa de mencionar.

»Los demás platos contienen una cena normal, con

algunos ingredientes de sobra —continuó—. Otras bandejas sólo tienen unas pocas hojas de lechuga, un trozo muy pequeño de carne y una porción muy reducida de arroz. Otras, sólo tienen una papa y la reducida porción de arroz. Y la gran mayoría de bandejas restantes están vacías. De repente, aparece Dios y ordena al singular grupo que empiecen a cenar.

»Cada uno de los afortunados hombres con las escudillas llenas a rebosar pensó: «Dios me ama mucho más a mí que a estos otros. ¡Miren mi bandeja!» Los que tenían lo suficiente y un poco más se sintieron satisfechos. Dieron gracias a Dios y cenaron sin dejar nada.

»Los otros que tenían poco pensaron: «Gracias a Dios me tocó algo, pobres aquellos que no tienen nada. Supongo que son pecadores». A su vez, los que tenían las bandejas vacías pensaron: «Nos merecemos esto y más, por nuestros pecados. ¡Aquellos con las bandejas llenas deben ser unos santos!».

—Ya entiendo —grité emocionado—. Los santos de Dios disfrutarán grandes delicias en el reino de los cielos y los pecadores sufrirán viendo que no tienen nada.

—Te creí más inteligente —dijo desanimado—. Pero eso te pasa por apresurado. Aún no he terminado —me sentí muy mal. No todo el mundo es regañado por un ángel—. Cada uno de los hombres con las bandejas llenas

empezó a comer hasta que estuvieron hartos e indigestos.

»Los otros, los que tenían poco, comieron poco, pero se acabaron todo y hasta se comieron las sobras que dejaron los siete glotones. Los que no tenían nada no comieron nada. Minutos después apareció Dios, muy decepcionado con lo ocurrido. Los hombres que recibieron las bandejas llenas fueron nombrados y cada uno se puso de pie ante Dios.

—¿Qué les dijo Él? —pregunté muy interesado, acercándome un poco más para escucharle mejor.

—Con su típica voz como de trueno al sonido, pero agradable al oído, dijo Dios: «Ustedes, los de las bandejas llenas, son quienes más decían amarme. Los que más amor decían tener. Pero cuando les di la oportunidad de demostrarlo me decepcionaron».

»Y ellos le preguntaron, ¿por qué, Señor? Dios les dijo: «Acuérdense que cuando estaban en la tierra les dije: "Si no aman a su prójimo a quien pueden ver, ¿cómo es que dicen amar a Dios a quien no ven?" (1 Juan 4:20) Si en verdad me amaran como dicen, hubieran compartido sus alimentos con los que tenían poco, y mucho más con los que no tenían nada».

¿Cómo es que un Dios justo permite la injusticia?

—Ahora sí ya entendí —le dije muy seguro—. Es decir que Dios les dio a unos pocos las riquezas del mundo, a otros lo suficiente y un poco más, y a otros no les dio nada, para probar nuestro amor al prójimo. ¿No es así?

—Así es. Pero los afortunados que tienen en sus manos las riquezas del mundo desconocen la fuente de su fortuna y por esto, a cambio de compartir sus riquezas, prefieren derrochar su dinero, ignorando las necesidades de su prójimo. Por ejemplo, uno de estos millonarios compró una mansión por 500 millones de dólares y otro compró un yate por la misma cantidad. Un magnate pagó más 5 millones de euros sólo por la placa de su auto —el ángel hizo otra de sus acostumbradas pausas y continuó—, sólo con el valor de estas tres excentricidades, más de 100.000 familias pobres tendrían alimento por 5 años, o mejor aún, podrían invertir en sus propias empresas para tener empleo estable y bien pago.

»Docenas de artistas, deportistas y empresarios multimillonarios compiten por las más grandes extravagancias. Por ejemplo, en Nueva Orleáns se encuentra el postre más caro del mundo, su nombre es Strawberries Arnaud y cuesta 1.4 millones de dólares. Hoy se consiguen teléfonos celulares de más de un millón de dólares, aviones privados, reliquias milenarias, etc.

»Hay quienes han pagado grandes sumas de dinero por cosas como guitarras y otros instrumentos musicales de artistas famosos ya fallecidos, pantalones rotos, cuadernos deshojados, camisetas usadas, guayos y balones de fútbol que pertenecieron a jugadores famosos, vestidos usados por grandes artistas, y otras cosas que los magnates nunca usarán. Reuniendo todo lo que estos excéntricos gastan en cosas que no necesitan, te aseguro —dijo mirándome fijamente a los ojos—, que no quedaría una sola familia pobre en el mundo que no tuviese su casa propia. No quedaría pueblo sin hospital, ni país sin agua potable.

»Pero parece que algunos de estos millonarios por fin están recordando el propósito por el cual se les ha permitido tener tanto dinero —continuó el ángel tomando un nuevo aire, y, aunque yo no entendí a qué se refería con esta última aseveración, continué escuchando sin preguntar—. No es extraño que desde hace algunos años

hayas sabido de multimillonarios que donan la mitad o más, de sus fortunas a fundaciones sin ánimo de lucro que trabajan en la obra social...

—Ah, pero es que ellos no lo hacen por su gran corazón —interrumpí—, ellos saben que recibirán muchos beneficios tributarios, posicionamiento de marca e imagen, y que la gente en agradecimiento a su gesto de generosidad preferirá comprar sus productos antes que los de sus competidores. Además, muchos dan sólo de lo que les sobra.

—¿Cómo puedes estar seguro de eso? —Me cuestionó el ángel sin ocultar su enojo—. ¿Acaso tú conoces sus corazones?

—No, pero es apenas obvio. Todo el mundo sabe que se reciben ciertos beneficios cuando...

—Ustedes los humanos son expertos en juzgarse unos a otros —me interrumpió ahora él.

»¿Acaso no has leído que es más bienaventurado dar que recibir? Pero, ¿qué sabes tú del gozo de dar, si nunca das sino de las sobras, como tú mismo dices? —Tuve que tragarme mis palabras y éstas se me atragantaron en la garganta, porque he de admitir que el ángel me conocía muy bien.

—Como algo muy cierto te digo que cualquiera que da a los pobres no se quedará sin recompensa en esta vida ni en la otra. Pero, como ya te expliqué, no son los millonarios de este mundo los culpables de la injusticia — continuó —, si los gobiernos, en lugar de gastar tantos billones de dólares tratando de descubrir si hay vida en otros mundos se dedicaran a cuidar la vida de éste planeta, con toda certeza no volvería a morir un sólo niño por desnutrición y disminuiría el número de enfermos que mueren por falta de atención médica.

El ángel hizo una larga pausa, como si tuviera un gran nudo en su garganta y me miró con sus ojos llorosos. Titubeó un poco y luego dijo con profunda tristeza:

—Dios creó este hermoso planeta y lo dotó de lo necesario para que proveyera alimento a cada uno de sus habitantes. Aún cuando sólo había unos cuantos miles en las primeras épocas y sin importar que hoy haya más de seis mil millones de seres humanos sobre el planeta, te aseguro que este planeta puede alimentar con abundancia aún a más de 20.000 millones de personas.

»Pero, hoy... ¿Quieres algunos datos?— me preguntó sin esperar que yo le respondiera —, te los daré — prosiguió —. Más de mil millones de personas pasan hambre en el mundo. Cada tres segundos muere un niño en el mundo a causa de la desnutrición o de enfermedades relacionadas con la mala alimentación.

»Alimentar a estos seres humanos costaría sólo aproximadamente 30 mil millones de dólares al año, si se les comprara el alimento para regalárselo, pero, si se les dotara de recursos para que ellos mismos cultivaran sus propios alimentos este dinero alcanzaría para que ellos se auto-sostuvieran por muchos años.

Recapacité por un momento, meditando en las palabras del ángel y me di cuenta que era verdad. Con menos de un millón de pesos colombianos se puede sembrar un cultivo de papa que puede alimentar a unas cien familias durante algunos meses. Lo sabía porque mis abuelos maternos fueron campesinos cultivadores de papa.

—Solamente un país como los Estados Unidos gasta más de 580 mil millones de dólares anuales en armamento militar. Con un solo año que esta potencia no gastase ese dinero en armas destructivas, alcanzaría para solucionar el problema del hambre mundial por 20 años.

»Durante los últimos 20 años, el total mundial de gastos militares en guerras, investigación para crear nuevas armas, indemnizaciones, reconstrucciones de ciudades y países afectados y sostenimiento de militares, alcanzó cifras superiores a los 20 billones de euros (**un billón** aquí es igual a **un millón de millones**, porque en EU. es sólo mil millones). ¿Te das cuenta que con 20 billones de euros se acabaría por completo el hambre, la pobreza

absoluta, y se supliría educación, vivienda y salud para la humanidad entera? —concluyó el ángel.

Reflexioné, casi en alta voz: ¡No hay 30.000 millones de dólares para invertir en pro del bien de la humanidad entera, pero sí hay 20 billones de euros para destruirla, gastando en guerras y soporte militar!

Agaché mi cabeza y traté de pasar saliva. Un atascamiento horrible a la altura de la garganta casi me impedía respirar. Mis ojos no derramaban lágrimas, pero estaban completamente humedecidos. Mi conciencia me acusaba sin clemencia. Pese a que yo no tenía riquezas económicas para compartir, me sentía culpable por el sufrimiento de la humanidad entera.

Hice unas breves cuentas mentales, sumando lo que los excéntricos derrochan en vanidades, más lo que los países malgastan en armamento e investigación para la guerra, más lo que las potencias gastan en proyectos de búsqueda de vida extraterrestre y viajes espaciales, más el dinero que los gobiernos corruptos le roban al pueblo... y me di cuenta que hay tanto dinero en el mundo para acabar de una vez para siempre con la pobreza de este planeta, aun si el número de pobres en el mundo fuese 10 veces mayor que el actual.

Caminé más despacio. De repente perdí el afán que tenía

por llegar al hospital. Ahora me provocaba sentarme a llorar. ¿Cómo podía ser posible que los seres humanos fuéramos tan inhumanos? ¿En qué momento la ambición de riquezas, fama y poder nos encegueció en tan abismal manera? ¿Acaso los ricos y poderosos no ven las noticias por televisión? ¿No leen los diarios? ¿No se han enterado nunca que con el más mínimo porcentaje de sus riquezas harían de este mundo el paraíso que todos soñamos? —Yo pensaba en esos momentos que los ricos eran responsables del sufrimiento de los pobres.

El viento trajo a mi memoria unas crudas imágenes que vi alguna vez en CNN y la National Geografic. Niños en Etiopía, Somalia y otros lugares dominados por la miseria, con sus ojos hundidos, los huesos de sus costillas totalmente visibles, su estómago sin una migaja de alimento, pero inflamado de parásitos.

Sus rostros melancólicos, suplicantes, implorando la misericordia humana, anhelando más que nada en el mundo un pedazo de pan. Miles de ancianos, jóvenes y niños, desmembrados a causa de las minas antipersonales. Mujeres embarazadas tiradas en la calle, agonizando, con sus bebés en sus vientres y sus miradas en la nada.

Consideré a los millones de seres humanos cuya lucha diaria es por sobrevivir un día más sin morir de sed o de hambre, enterrando a uno de sus seres queridos casi cada mes. Comparando mi situación con la de ellos me sentí

afortunado. Sentí que mis problemas no eran más que una gota de agua ante el colosal océano de sufrimiento que esos millones de semejantes míos afrontaban día a día.

—De los 4.400 millones de habitantes del llamado tercer mundo, 1.500 millones subsisten con 1 dólar, o menos, al día —dijo el ángel, sacándome de mis contemplaciones—. 2.650 millones de personas carecen de higiene pública. 1.500 millones no tienen agua potable y 1.200 millones no tienen vivienda adecuada.

»Dos de cada cinco niños padecen de retraso por causa del hambre. Uno de cada tres sufre de bajo peso. 6 millones de niños mueren de hambre cada año. 2 millones de niñas son forzadas a ejercer la prostitución. 130 millones de niños no tienen acceso a la educación. ¿Quieres hablar de injusticia? —preguntó—. ¿Recuerdas el número de personas con sus bandejas llenas hasta rebosar? Pues, aunque sólo era una parábola, esto en efecto está sucediendo en la tierra. La riqueza de los 500 billonarios del mundo equivale al ingreso neto de 4.000 millones de personas.

»La persona más rica del mundo, acumula el mismo dinero que 120 millones de norteamericanos. ¡Mira bien que dije norteamericanos y no colombianos! —recalcó, haciéndome reflexionar, porque un norteamericano gana más de siete veces lo que gana un colombiano promedio.

»Las 3 personas más ricas del mundo poseen

bienes superiores al PIB (Producto Interno Bruto) de los 48 países menos desarrollados. La riqueza de los 80 individuos más ricos excede el PIB de la China, cuya población es de más de 1.200 millones de habitantes.

—No sigas —supliqué.

¿Son los ricos culpables por el sufrimiento de los pobres?

—Ah, ¿pero tú crees que la gente rica es la única culpable de la injusticia en el mundo?— cuestionó el ángel, demostrando que me conocía muy bien y, sin esperar mi respuesta, continúo—. ¡Pues no es así! La clase media también es culpable de la injusticia. Aún los mismos pobres son culpables de su propio sufrimiento y del de otros semejantes.

—Por ejemplo, el costo anual para brindar educación a todos los seres humanos es de 40 mil millones de dólares y, el gasto anual en cosméticos y perfumes supera los 50 mil millones de dólares. El costo anual para que todos disfruten de agua potable es de 9 mil millones de dólares y, sólo en Europa y Estados Unidos, la gente gasta más de 30 mil millones de dólares en helados.

Si hasta ahora te ha gustado lo que has leído, no dudes en comprar el libro completo. Recuerda que lo que acabas de leer fueron solo las primeras páginas del libro.

Por favor comunícate con el autor a edgarmiguel@gmail.com y recibirás instrucciones de cómo adquirir el libro.